



arauco

editorial | **La Candidatura Presidencial
del Dr.
Salvador Allende**

En su reunión de 22 de noviembre, el Comité Central del Partido Socialista proclamó, por unanimidad, como candidato a la Presidencia de la República, al Dr. Salvador Allende. Así se dio comienzo a la batalla decisiva del poder para el pueblo trabajador de Chile. La resolución de la directiva nacional del P. S. fue el cumplimiento del mandato dado por el último Congreso socialista de Los Andes, en diciembre de 1961. El Partido, leal a sus compromisos políticos con sus aliados del Frente de Acción Popular, postergó la proclamación del Dr. Allende para permitir un acto conjunto del FRAP, en los términos del Acuerdo de Las Vertientes. La pugna interna en el Partido Democrático Nacional impidió hacerlo. Por otra parte, las bases socialistas de todo el país e importantes sectores de fuerzas independientes apresuraban una resolución oficial del Comité Central. Como muchas veces se dijo, la candidatura del doctor Allende expresa algo más trascendente, más amplio, que la voluntad singular de un partido; es la aspiración ansiosa de los trabajadores chilenos, el signo humano de la unidad del pueblo, la garantía de su victoria política y del desarrollo de un proceso revolucionario que deberá transformar las estructuras de nuestra sociedad.

Horas después de la proclamación, el Comité Central entregó una declaración pública. Vale la pena reproducir las principales ideas contenidas en este documento, cuyo alcance histórico será decidido el 4 de septiembre de 1964, el día de la inevitable victoria.

Comienza recordando cómo en septiembre de 1958, el Dr. Salvador Allende, candidato presidencial del pueblo, fue estrechamente derrotado en una contienda de dudosa limpieza. Toda la maquinaria electoral reaccionaria, edificada sobre la restricción del cuerpo eleccionario, sobre un sistema de mesas receptoras de sufragios controladas íntegramente por los partidos tradicionales, sobre un Tribunal Calificador mañosamente constituido por los personajes más espúreos del elenco de políticos profesionales derechistas, sobre una propaganda abrumadora financiada por los grandes consorcios comerciales y

financieros, se puso al servicio de una sola finalidad: falsificar la voluntad nacional. Para lograrlo, hubo que agregar, además, que un renegado con aureola de caudillo popular se alquilara, a precio de oro, a fin de desviar hacia su persona los sufragios necesarios para alterar los cómputos finales, engañando con su demagogia a los sectores más atrasados de la población proletaria.

En qué medida podrían volver a repetirse estos fraudes; en qué medida podría otro renegado repetir la siniestra hazaña del maligno Cura de Catapilco. En realidad, esto depende fundamentalmente de la vigilancia y de la decisión del pueblo. Esos fraudes y esas traiciones han servido, ciertamente, para educar políticamente a los trabajadores. Estos saben, ahora, que para vencer en las urnas hay que impedir resueltamente la consumación del fraude y aplastar sin piedad a quien quiera, de nuevo, jugar el papel del fraile renegado.

Como esta vez no hay otras alternativas que el triunfo del pueblo para iniciar los caminos del socialismo o la victoria de las más oscuras fuerzas reaccionarias —con González Videla capitaneándolas— para imponer con la represión, la miseria y la sangre obrera, los dictados del imperialismo, el enemigo se prepara para utilizar el fraude en la más vasta escala posible y, astutamente, maniobra e intriga en el seno del movimiento popular. Por una parte, se habla de reformas constitucionales para aislar electoralmente a las fuerzas del pueblo; por la otra, se alimenta la ambición de algún fantoche para convertirlo en el tumor divisionista en el seno de las fuerzas populares.

Decía en seguida la declaración del Comité Central que, al promediar la administración Alessandri, el XIX Congreso general ordinario del Partido Socialista analizó la grave crisis por que atraviesa el país y las tareas y perspectivas del movimiento del pueblo. Comprobó la dramática realización de las advertencias formuladas por los personeros más responsables de la Izquierda, acerca del fracaso inevitable de la política de librecambio, de gigantesco endeudamiento fiscal y privado, de abdicación de nuestra soberanía, y, paralelamente, diseñó las líneas de acción destinadas a robustecer el movimiento de liberación nacional, particularmente en los planos políticos y sindicales. De las deliberaciones del trascendental Congreso socialista de Los Andes surgieron los enérgicos impulsos que, agregados a los esfuerzos convergentes de otras tendencias políticas, levantaron el prestigio y la capacidad de lucha de la Central Única de Trabajadores, y dieron nuevo vigor y mayor confianza a los combates políticos del pueblo.

Más aún: los delegados asistentes al Congreso, estrechamente vinculados a todas las actividades vitales a lo largo del territorio de la patria, comprendieron la necesidad de dar al pueblo laborioso un símbolo y una bandera, centrar en la persona de un líder de alta solvencia moral y firme trayectoria, las esperanzas y los esfuerzos, las dispersas energías latentes en las masas. Estas intuyen, en efecto, que nada trascendente y perdurable se logrará en cien batallas, aun victoriosas, si no se consigue ganar la única decisiva: la batalla por el poder.

Para ellos, ese símbolo y ese conductor era, de nuevo, el camarada Salvador Allende.

No es necesario referirse en estas páginas, consagradas a los lectores socialistas, a la personalidad política del Dr. Salvador Allende. Se inició en la vida pública como diputado socialista por la circunscripción de Valparaíso. Fue Ministro en el gobierno progresista de Pedro Aguirre Cerda y senador, sucesivamente, por las agrupaciones provinciales de Valdivia a Magallanes, primero, Tarapacá y Antofagasta, más tarde, y, ahora, Valparaíso y Aconcagua. A innumerables iniciativas legales en favor del bienestar social de las masas, se añade la más consecuente e insobornable línea de adhesión a los principios socialistas de libertad y democracia, principios basados no en la concepción abstracta de tales términos —como sucede en la sociedad burguesa— sino

en su aplicación práctica como consecuencia de la incorporación de los trabajadores, de las mayorías nacionales, en el proceso de producción y distribución de la riqueza.

La batalla electoral dada por el pueblo en 1958 con el Dr. Salvador Allende marcó el comienzo de un nuevo proceso político en la izquierda chilena. Hasta entonces la dirección política del movimiento popular parecía estar en manos de la pequeña burguesía llamada "progresista", expresada políticamente en los partidos radical, agrariolaborista y falange nacional (hoy después de su fusión con un sector de conservadores, demócrata cristiano). De golpe y porrazo, en septiembre de 1958, los partidos populares, de la crase obrera y campesina, socialistas y comunistas, mostraron un poderío electoral impresionante, y el FRAP pasó a ser el centro político de la izquierda. En las condiciones de un gobierno reaccionario —política y económicamente el gobierno más reaccionario que ha tenido Chile desde 1920—, le correspondió al FRAP, en los últimos cuatro años, reagrupar las dispersas fuerzas independientes de avanzada, darles una vigorosa conciencia de lucha y prepararlas, orgánica e ideológicamente, para la gran batalla de 1964. Mientras tanto, en el plano de las luchas sindicales, la CUT recuperaba el espíritu unitario y la responsabilidad ideológica que animaron su creación, en 1953. Los aventureros irresponsables fueron aventados del seno de la organización sindical y las diversas tendencias del movimiento de los trabajadores comparten, desde el último Congreso de la CUT, la responsabilidad de su orientación, bajo la dirección de un profesor socialista.

En la misma noche del 4 de septiembre de 1958 el pueblo entendió que la próxima batalla decisiva debía darse bajo la dirección de los mismos partidos y con el mismo hombre: SALVADOR ALLENDE. En cierto modo, la jornada de 1958 fue una suerte de ensayo general. Creó un estado de ánimo positivo en los más vastos sectores ciudadanos, devolvió la moral abatida tras tantas vicisitudes, tantas traiciones, a partir de la muerte de Pedro Aguirre Cerda. Demostró que el entendimiento socialista-comunista era un factor político que gravitaba seriamente sobre el proceso social, dando un contenido ideológico y un rumbo concreto a las luchas electorales; era, en suma, un arma efectiva para conquistar el poder. Se afianzó el Frente de Acción Popular y, espontáneamente, las masas trabajadoras, en las fábricas, en las minas, en los campos, alzaron el nombre de Allende con el orgullo y el cariño con que se hace flamear la querida bandera de todas las batallas.

Pero, no fueron sólo los trabajadores del campo y la ciudad. Se adscribieron al movimiento los más solventes grupos de profesionales y técnicos, muchos de ellos decepcionados del fracaso alessandrino, con la conciencia, ahora, de que sólo un proceso político impulsado por la única clase revolucionaria de la historia, la clase obrera y campesina, es garantía de transformaciones efectivas de la sociedad, de bienestar, de justicia, de libertad democrática, de expansión de la cultura y la técnica.

Así comenzaron a crearse las condiciones objetivas para una nueva proclamación popular de la candidatura del Dr. Salvador Allende a la Presidencia de la República.

La declaración del Comité Central prosigue diciendo que, sin embargo, respetuoso de los fueros de sus aliados y consciente de que la acción del socialismo —vanguardia de los trabajadores— no puede obedecer a cálculos egoístas, el Partido buscó pacientemente el camino para lograr una simultánea proclamación del Dr. Allende por el FRAP, como candidato común a la Presidencia. No obstante, un sector de la coalición popular ha diferido de los puntos de vista socialistas en aspectos procesales, aunque la mayoría de los dirigentes del PADENA y la totalidad de sus bases reconocen sin reservas el relevante papel del camarada Allende y la abrumadora decisión del pueblo en orden a levantarlo como su personero más auténtico.

En sus relaciones con el Partido Democrático Nacional, los socialistas tuvieron las mayores deferencias. En una extensa carta política enviada por la directiva socialista a la Junta Ampliada del PADENA, efectuada los días 17 y 18 de noviembre, se hizo presente la conveniencia de cumplir en su integridad los Acuerdos de Las Vertientes y se anticipó la decisión irrevocable de proclamar, por el Partido, la candidatura del Dr. Allende. Lamentablemente, una minoría pugnaz hizo primar su criterio deformado de la verdadera situación política, acalló la vehemente aspiración de las bases y, como si fuera poco, alzó una precandidatura para fomentar el diversionismo político y esparcir gérmenes antiunitarios.

En tales circunstancias, el Partido Socialista no quiso esperar más. La declaración que comentamos lo dijo francamente: "Vivimos momentos decisivos para el porvenir de Chile y de los trabajadores. El pueblo exige acción urgente, metas claras, procedimientos directos, actitudes limpias. Si ya tenemos un programa común, es el momento de fijar terminantemente una ruta que eleve al más alto grado la resolución de vencer en las filas populares. Si la derecha organiza la resistencia desde sus cuadros del Frente Democrático hasta las bandas de gangsters de las Guardias Blancas, hay que dar a los explotadores una rotunda prueba de nuestra propia unidad".

La declaración socialista fue hecha en los momentos en que el Presidente Alessandri pedía a los banqueros norteamericanos unos pocos dólares, con la ilusión de que tales auxilios podrían salvar al régimen del caos. El Comité Central con unas cuantas frases lapidarias se refirió a esa misión inútil: "Si el Presidente de la República, en un gesto desesperado, se allana a encabezar la legión de pordioseros internacionales para lograr auxilios que sólo se obtienen a precios humillantes, es preciso demostrar a los chilenos que únicamente aquí, en el Frente de Acción Popular, se hallan las fuerzas que algún día podrán restaurar la dignidad de Chile".

Estos fueron los antecedentes y razones que el Comité Central del Partido Socialista consideró para proclamar, el 22 de noviembre, la candidatura presidencial del Dr. Salvador Allende, entregándola, desde ese mismo instante, en las manos del pueblo. La tarea decisiva, así emprendida, deberá tener en cada socialista, hombre y mujer, joven y anciano, un ejecutor consciente y activo, un militante intrépido, resuelto a bregar sin tregua hasta que la victoria ilumine las banderas del socialismo y la clase trabajadora.

M. G.